



AREA 3. CUADERNOS DE TEMAS GRUPALES E INSTITUCIONALES

(ISSN 1886-6530)

www.area3.org.es

Nº 4 – Invierno 1996-97

Amiga, no nos engañemos, somos diferentes ⁽¹⁾

José Luis Gimeno Aznar ⁽²⁾

Desde sus inicios las diferencias sexuales han sido tema central para el psicoanálisis. En Freud tiene gran relevancia y nos deja no pocas incógnitas. Tras muchos años de escucha e indagación llega a decir en algunos escritos, que nunca acaba de comprender qué quiere una mujer. Atrás quedan como jalones de su recorrido algunas más o menos sorprendentes afirmaciones que en ocasiones han sido objeto de polémica. Muchas de ellas surgen del discurso inconsciente (sueños, lapsus, síntomas, asociación libre) de sus analizantes y buscan soporte en goznes, a veces chirriantes, entre biología, antropología, psicología y filosofía. Parece construir así puertas que se abren y se cierran o giran libremente sin acabar de darnos paso a ningún lugar estable. Su, sin duda genial, discurso avanza frecuentemente hasta el límite, en su innegable afán de verdad. Débil, por incierto, discurso el del psicoanálisis frente a otros quizás demasiado contundentes, que lo circundan con sus saberes y soluciones.

Freud comienza, podríamos decir en serio, a intentar construir algún conocimiento a partir de la perplejidad y horror que le provoca comprender que algunas cosas no tienen causa ni saber que las explique y solucione. Este momento puede ilustrarse con la época en que tras sus primeros escauceos con el inconsciente, precisamente a través de la histeria, se adentra más decididamente en su autoanálisis y en el mundo de los sueños. Puede ser pertinente mencionar el conocido sueño de "La inyección de Irma" ⁽³⁾ en relación al cual Freud parece variar su posición en el encuentro con las resistencias de una paciente a sus soluciones. Se le revelan a través de este sueño propio, la existencia de algo real y algunas características de su deseo como hombre y psicoanalista que suponen un límite a su ambición de curar, de comprender y de encontrar la buena relación amorosa y sexual. Del mismo Freud podemos aprender que debemos conformarnos con que los conflictos sexuales, al igual que la transferencia, se disuelvan más que resolverse.

¹ARISTÓTELES. "amigo, desengáñate, no hay amigos".

² José Luis Gimeno Aznar es psiquiatra y psicoanalista.

³S. FREUD. "La interpretación de los sueños".

Y es que, verdad, saber y real ya no se deberían representar como un mismo conocimiento capaz de llevar a la satisfacción y la felicidad. No deberían pero así sigue siendo frecuentemente, porque las fantasías e ilusiones humanas así lo quieren. Por eso subyace, en muchas ocasiones, en el deseo de saber sobre estos temas, la suposición de un verdadero encuentro entre los sexos o la denuncia del desencuentro y las diferencias. También por eso se ofrecen terapias psicológicas y sexuales que parecen encaminadas hacia un supuesto horizonte de satisfacción sin fisuras. O se construyen socialmente imaginarios casi esperpénticos de felicidad al mismo tiempo que en la realidad parecemos enredados en culpas y luchas sin fin. O se busca que la ciencia resuelva en lo real problemas que son de otro orden. O se intenta que la ideología recubra con su insensata lógica todo resquicio de división e incertidumbre.

Volviendo a Freud y el psicoanálisis, creo que podemos aglutinar sus deducciones alrededor de algunos puntos fundamentales. Uno de base es que la identidad y el deseo, que casi son la misma cuestión (¿quién eres, qué quieres?, a la que habría que añadir, ¿qué puedes?, ¿sabes que eres mortal?) están articuladas al sexo, al cuerpo, a través de las imágenes y símbolos de las escenas primordiales frente a las que cada cual como hombre o mujer se ha posicionado. Esta identidad y este deseo, en lo esencial inconsciente, son por otra parte una ficción y la organización de algo trascendente en base a algunas contingencias. Lo universal tras el velo de la identidad es la diferencia y la escisión entre naturaleza y cultura consustancial a lo humano.

Esta cuestión va enlazada a otras dos: la falta de un objeto real como causa del deseo y la falta de un símbolo sexual común y presente en los dos sexos. No es que en lo real falte ni sobre nada, sino que a través del deseo humano con sus representaciones y fantasías el sujeto queda atrapado en los espejismos y estrategias de la presencia y la ausencia, del ser y no ser, del amor y el desamor. Tal como lo describe, por ejemplo, la mitología del pecado original, a partir de la elección de lo simbólico el deseo es otro y queda constituida la falta.

La preeminencia dada por Freud al falo, tenerlo o no tenerlo, ser o no ser el falo, hay que entenderla como descriptiva del funcionamiento por sistemas de oposiciones y representaciones metafóricas y metonímicas que descubre el estudio del inconsciente. No es impensable una cultura en que el falo tome soporte en otro objeto real que no sea el pene, por ejemplo un matriarcado cuyo símbolo fundamental sea el pecho, así como tampoco es impensable un varón cuyo imaginario fálico sea el cuerpo femenino y el pene lo que le sobra y estropea su completud; sólo que por un lado cualquier intento de organización social y de identidad, tropezará con la diferencia, y por otro y especialmente referido a las estructuras de parentesco, a la inscripción genealógica, a la construcción de la metáfora que es todo sujeto, quedará pendiente la función del padre. Así mismo no tan diferentes consecuencias pueden producirse en la identificación falo = pene. Si un sujeto o una sociedad pretenden ser u organizarse alrededor de imágenes simbólicas que toman como reales y de las que se sienten dueños y poseedores: Yo soy el que lo tiene (pene, autoridad, dinero, saber...) y ejerzo ese poder en mi propio nombre (4).

⁴ C.LEVI- STRAUSS. "Las estructuras elementales del parentesco"

Vemos pues que asumir la castración, las diferencias sexuales, aceptarse como hombre o mujer, conocer las limitaciones de lo que cabe esperar del otro sexo, no negar el cuerpo diferente y mortal, ha de combinarse con el saber de la identidad sexual como ficción y por tanto de la posibilidad de metaforización y creación que la experiencia de tal vacío en lo real rescata. Negar esta segunda parte puede llevar a lecturas equivocadamente sencillas de las afirmaciones freudianas que han sido justamente criticadas desde dentro y fuera del psicoanálisis.

Si no combinamos estos elementos, transitamos por rumbos peligrosos y podríamos decir, falaces. Uno que, en base a un respeto casi de orden sagrado a la función simbólica relacionada con el Padre y el horror hacia lo real de lo que somos, dé justificación al mal menor de la neurosis, al gobierno conservador del principio de la realidad y a la eternización de la falta. A la idealización de los padres sin deseo (petrificación del supuesto padre que cumple la ley, alienación de la supuesta madre que sólo quiere el bien) corresponde el mito de la maldad natural del hombre, en un exceso realista que propicia posiciones o demasiado pragmáticas y apegadas a la realidad establecida o demasiado idealistas que van a intentar restablecer un nuevo o viejo orden que debiera organizar el deseo para el bien, sea éste metafísico o bien común. Patriarcado o matriarcado que niegan el sexo y la muerte, la complejidad del deseo.

Otro rumbo es el de la diferencia ⁽⁵⁾, el culto a la diferencia, el que basado en ficción del yo, denunciando la identidad y el poder, desde la perspectiva de que toda realidad es una construcción ilusoria, parte anárquico o revolucionario camino del abismo o la utopía. En un viraje inteligente, quizás demasiado inteligente, nos instan a considerar el sexo y la muerte nuestros aliados, desconocer de una vez por todas las imágenes y símbolos que nos alienan para ganar la libertad del ser. Qué es un hombre o una mujer resulta así una pregunta falsa que mejor no contestar para no caer en universales que acabarán atenazándonos. Cada uno es lo que es y lo que quiere ser. No existe sistema de oposiciones, ni significado fijo, sino deslizarse de sin sentido a través del deseo. La falta no es sólo un invento sino la trampa del amo, como el bien, el amor o la belleza ⁽⁶⁾. No cabe duda que es un paso, sólo que al denunciar la realidad suelen incluir lo real y de esto último no es tan sencillo liberarse. Propician la fe en el mito del buen salvaje al que la sociedad corrompe originando así el bien y el mal que no existía en la arcaica inocencia. Es la vuelta al viejo sueño del paraíso original que no parece posible sino a costa de perder la conciencia. Cuestión ésta de difícil vuelta atrás, y no tan sólo en tanto voluntad sino más simplemente, como posibilidad. Cabe olvidar, ¿pero se puede olvidar el olvido?. Algunos han dicho que si, pero si lo olvidaron, ¿de qué están hablando? ¿cómo es que siguen hablando?. Lo real acaba tomando ahí su máxima espesura y el sexo y la muerte retornan densos y vacíos para interrogar en carne viva a ese sujeto que dice que no es sujeto.

A estas alturas de mi discurrir, quien no lo supiera de antemano, ya ha deducido que el que escribe es un hombre. Es curioso preguntarse por qué no se equivoca el lector, al menos en lo real no puedo decir sino que acierta. Cómo un discurso enlaza con el cuerpo parece una

⁵ V. DESCOMBES. "Lo mismo y el otro. 45 años de Filosofía Francesa".

⁶ DELEUZE, GUATTARI "El antiedipo".

cuestión difícil, pero lo que resulta innegable es que tal lazo suele existir. Y poco importa descontar lo imaginario, en este caso a bien poco puede recurrir el lector para identificarme, aún sin imagen siente: éste es un discurso masculino. ¿Es por las ideas? ¿Es por el estilo? ¿Quizás porque hablo del sexo y muerte sin apenas sentimientos?.

Bueno, pues permitidme feminizarme un poco, dejad que me humanice al mismo tiempo. Voy a descansar un poco y a invitaros a hacerlo a vosotros también en dos hermosas creaciones, así que no me preguntéis si son reales o falsas, son creaciones: el amor y la amistad. Cómo combinar, me preguntaba un poco antes, estas dos verdades: la diferencia sexual es real, la diferencia sexual es una ficción. Bajo qué fórmulas podemos avanzar, retroceder ya no es posible, en nuestra cultura y en nuestras vidas para mejor llevar el desencuentro con nosotros mismos y con el otro sexo fruto de nuestra humanización.

El otro grande del psicoanálisis, J. Lacan, propone ampliar el sistema habitualmente ternario en que pensamos y experimentamos nuestro deseo y nuestra identidad con un cuarto elemento. Una X enigmática que puede tener uno de dos rostros, bien el de la muerte (implícito en todo mi discurso anterior, el cuerpo si queremos decirlo de otra forma), bien el de la amistad (el del amor en un sentido homosexual, asexual sería más exacto si así cupiera)⁷. No me estoy refiriendo a la amistad y al amor como idealizaciones, sino más bien al contrario, a la amistad y al amor que son efecto de creación, de apuesta o ¿por qué no?, de refugio necesario a partir de reconocer lo que realmente somos y no somos.

“No hay relación sexual” dijo Lacan a los demandantes de encuentros y uniones absolutas. “La mujer no existe”, “amar es dar lo que no se tiene a quien no es”, añadió con cierta ironía. Y después pudo añadir sin que nadie lo confundiera con un moralista o un idealista: sólo la amistad puede ayudar a sobrellevar el deseo, sólo el amor puede cortar los dilemas del ser de tajo.

Así que teniendo en cuenta que la pequeña diferencia no tiene solución, tampoco sé si se puede decir que es un problema, la cuestión puede ser si esa diferencia la usamos para sufrir, para ganar, para especular, para justificarnos o, superando la tragedia que conlleva, intentamos jugarla en el terreno de la amistad, la creación y el conocimiento. Para Lacan ésta no es una cuestión de voluntad, ni siquiera de voluntad de poder, aunque no está muy lejano del águila angustiada que quería sobrevolar la existencia (⁸), sino de encuentro con lo real; porque sólo después de tal encuentro el sujeto puede suspender la relación tragicómica con el mundo y seguir la senda, que en bosques sin camino prefijado se pierde (⁹), de su *deser* (¹⁰).

Respecto a mí he de confesaros que no me resulta fácil realizar mi deseo o encontrar mi identidad, pero ya no me preocupa tanto que pueda ser imposible, ya que gracias a ello de vez en cuando me olvido de la falta. Quizás sólo cuando lo necesario se cruza con lo imposible el deseo puede encontrar en lo posible su verdadera dimensión.

⁷ J. LACAN. “El mito individual del neurótico”

⁸ F. NIETZCHE.

⁹ M. HEIDEGGER. “Caminos de bosque (sendas perdidas)”.

¹⁰ Deseo – ser: Deseo de ninguna cosa.